

sa. Esforzóse entonces por averiguar si había habido testigos del hecho y supo por boca del mismo Tacho que dos rancheros halláronse cerca del lugar de los sucesos. Mandóles comparecer ante la presencia judicial y examinados que fueron, ambos declararon uniformes y contestes en presencia de Tacho, que éste había herido á Abundio.

—Ya lo ve usted, señor Juez, clamó jubilosamente Tacho Margaruz, es la primera que gano y ya me la querían hacer tablas.



EL JUAN BUENO Y EL JUAN MALO.

I

Llegaron á la capital de la República dos gemelos fronterizos, ricos, buenos mozos y solteros, cuya última cualidad hacíalos interesantes y estimables para las niñas que anhelan marido.

Pedro, uno de ellos, era empedernido calaverón, y Francisco el otro, por el contrario, morigerado y piadoso, cualidades rarisimas en un joven de su edad. Mas eran tan semejantes que hasta sus más íntimos amigos los confundían.

Con ocasión de la muerte de su padre, salieron violentamente de México, y fué á vivir á la casa que ocupaban Juan Sarmiento, joven también fronterizo y poco más ó menos de la edad de aquéllos.

El barrio había sido testigo de los desórdenes de uno de los gemelos y de la buena conducta del otro, y escandalizado por aquellos y edificado por ésta, frecuentemente se hablaba en todos los hogares de los dos hermanos tan contrarios en costumbres á pesar de haber estado en el mismo materno regazo.

Ninguno de los vecinos supo la violenta salida de los gemelos.

Un día que visité á un amigo díjome que en el barrio vivían dos Juanes, el Juan bueno y el Juan malo, tan semejantes en lo físico como diversos en lo moral. Picome la curiosidad y quise conocer á los dos Juanes, lo que no me costó mucho trabajo. Persuadime de que, en efecto, los jóvenes eran tan iguales de cara como desiguales de alma. Amante de los estudios psicológicos procuré hallarme donde ellos estuviesen, y aunque nunca logré verlos juntos, era indudable que pensaban y obraban de diverso modo, eran la genuina representación de la humanidad que es la misma en todos los tiempos y en todos los países. Me convencí, una vez más, de que esas olas de tremendas pasiones que enfurecidas rugen en el mundo, las llevamos dentro del corazón y al desierto nos acompañarían si á la vida eremítica nos consagrásemos;

y también de que la divina gracia nos sigue solícita por todas partes.

En aquellos Juanes estudié al hombre bueno y al hombre malo, el cristiano criterio tan natural que por sí mismo se yergue, grita y muchas veces se impone y el pagano criterio que arrastra con avasalladora violencia y frecuentemente hunde en el fango de todas las concupiscencias; al hombre leal y sincero sacerdote del deber y de la verdad, y al bellaco mentiroso, que á sabiendas engaña con el preconcebido fin de buscar en todo su propia conveniencia.

Vi un día en la casa del potentado al Juan malo y oíle hablar. Exageraba las buenas cualidades del prócer y arteramente ocultaba sus defectos. Allí hizo alianza con los que servirle podían para sus políticos fines y holgábase á la faz del mundo entero de tenerlos por amigos. Cuando no necesitó ya de su ayuda dióles de mano, y fuéronle odiosos cuando á sus ambiciosos proyectos se opusieron.

Sonó porvenir de ventura con una linda y virtuosa joven, pero prosperó y la prosperidad hinchóle de soberbia, y la que fué vaso de perfumes é ídolo del corazón naufragó con los recuerdos en el mar de la ambición, y el Juan malo corrió desalado en pos de nuevos amores.

En la orgía arrastró por el lodo la santa dignidad de padre, entregándose sin freno á la satisfacción de sus pasiones.

Conocí también al Juan bueno, enemigo de la lisonja, amante de la justicia y esclavo del deber. Escuché sus acertadas resoluciones y fui testigo de su morigerada vida y de su sólida piedad. Como espoleado por el remordimiento, que apresura la reacción en el alma, vile con el corazón coronado de espinas abrir el pecho á la escondida fragancia del amor de la familia. Puros eran los conyugales afectos, divinos los consejos á los hijos y suavísima la paz del corazón.

II

Terminado que hube los negocios que tenía en la capital de la República, regresé á mi terruño sin que en muchos años supiese nada de los Juanes, pero no había olvidado la fisonomía moral de ellos, que, en cuanto á la física, era para mí una misma.

Las circunstancias llevaron-me de nuevo á México, pero los vecinos del barrio donde conocí á los Juanes, se habían completamente olvidado de los gemelos, y la popular novelería que tanto habló de ellos, deshacíase hoy en elogios de Don

Juan Sarmiento, viudo, rico y caritativo, cuyas virtudes exageraba la voz pública. Quise conocerle y me presentaron con él. En el acto conocí á uno de los Juanes, sin duda que era el Juan bueno, pues aún me pareció que sus ojos tenían más exquisita dulzura y un aire de bondad bañaba todo su rostro.

Llegamos á ser íntimos amigos. Me encantaba la amena é instructiva conversación del Juan bueno, y aprovechábame de las lecciones de su experiencia. No habíamos hablado nunca de su hermano el Juan malo. Supúseme que la desarreglada vida trájole prematura muerte, y por no herir fraternales afectos, jamás pregunté por él; pero un día que en la conversación dijo mi amigo que él había sido el único varón en su familia, interrumpí-le sin reflexionar y díjele asombrado:

—Si yo conocí al hermano de usted, al Juan malo como le llamaban aquí.

Miróme de hito en hito, después sonrióse con amarga sonrisa y me suplicó le refiriera cuanto supiese de aquellos gemelos.

Todo le referí con fidelidad y me escuchaba con suma atención. Cuando concluí, las lágrimas en raudal brotaban de los ojos del Juan bueno.

—Aquellos Juanes,—me dijo—eran uno

solo. Yo. En nosotros existe el hombre bueno y el hombre malo, el hijo de la gracia y el esclavo de la culpa: si en la continua y tremenda lucha triunfa aquélla, allí tiene usted al hombre bueno, si las pasiones salen victoriosas, yérguese el hombre malo en toda su espantosa deformidad. Los gemelos que usted conoció, existieron de verdad en mí mismo, pero el Juan malo murió ya por divina misericordia, y sólo queda el otro Juan para cantar la gloria de Dios. Echemos una escudriñadora mirada dentro de nosotros mismos, y encontraremos siempre á los gemelos; mas con buena voluntad, perseverancia y gracia, venceremos al malo para que el bueno pueda libremente volar hacia Dios, nuestro principio y único fin.



LA PASION DOMINANTE

I

Don Bernardino Santoyo y Viramontes, hijo de la muy noble y leal ciudad de Zacatecas, como se la llamó en tiempo de nuestros antepasados, ó de la Barranca, como la llaman los barreteros de hoy, nació pobre, muy pobre, y murió en la opulencia. Debió á su laboriosidad su fortuna, decían éstos; debióla al agio, decían aquéllos; y cuando del rico finado se hablaba, oíanse elogios por una parte y censuras por otra.

Fué Don Bernardino hombre serio y al parecer juicioso, trabajador, económico hasta la tacañería, rezador como pocos, y creyente, sin vacilaciones ni distingos, de cuantas verdades la Religión enseña; pero la codicia, que era la pa-